

# EL GRAN RETO DE LA UNIVERSIDAD (CATÓLICA)

SERGIO SÁNCHEZ-MIGALLÓN  
JOSÉ MANUEL GIMÉNEZ AMAYA\*

PATH 14 (2015) 000-000

## 1. ¿Secularización o mutación de la universidad?

Como nos recuerda la Constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*, la universidad católica nació «del corazón de la Iglesia» insertándose «en el curso de la tradición que se remonta al origen mismo de la universidad como institución».<sup>1</sup> Es decir, la universidad específica y públicamente «católica» no surgió como tal a la manera de algo posterior a la tradición universitaria, como algo añadido o superpuesto a la esencia de la universidad. Sino que, más bien, se entroncaba en la génesis misma de la institución universitaria. Más aún, podría decirse que, puesto que la universidad misma nació en el seno de la Iglesia, la universidad (católica) trata de retomar ese origen y así rejuvenecer la tradición genuina entonces forjada.<sup>2</sup>

En efecto, es oportuno recordar que la universidad como institución, que se consolidó en un proceso dilatado en el tiempo, fue germinando en

\* Sergio Sánchez-Migallón y José Manuel Giménez Amaya son miembros del Grupo de Investigación Ciencia, Razón y Fe (CRYF), y profesores de la Facultad Eclesiástica de Filosofía de la Universidad de Navarra.

<sup>1</sup> JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae* (15 de agosto de 1990) (ECE), n. 1.

<sup>2</sup> Especialmente lúcido en este contexto es el filósofo A. MACINTYRE, *Dios, filosofía, universidades (Historia selectiva de la tradición filosófica católica)*, Editorial Nuevo Inicio, Granada 2012.

los núcleos urbanos medievales donde los obispos contaban con escuelas catedralicias. Mientras que la nobleza no necesitaba formación profesional alguna (aparte del arte de las armas y la urbanidad, que cultivaban privadamente), los monjes disponían ya de los monasterios para cultivar su formación, y los campesinos y artesanos no necesitaban más que una formación práctica, en la sociedad urbana iban apareciendo grupos sociales que requerían una formación específica (comerciantes, juristas, médicos, clérigos seculares y mendicantes, etc.). Esos nuevos colectivos necesitaban un lugar donde formarse y aprender, y, al carecer de los medios de que disponía la nobleza o el monacato, fueron los obispos quienes los acogieron alrededor de las catedrales.

Las universidades hacia el siglo XII se iniciaron en el seno de la Iglesia por un interés en formar profesionales. Pero – a diferencia de como se entiende hoy –, la formación de suyo se comprendía siempre de un modo integral, o sea, impregnada sobre todo por la teología. La ciencia teológica unificaba la formación en diversas áreas en las distintas sedes o ciudades. Aunque ciertamente esas escuelas catedralicias nacían enraizadas en lo local, bajo el impulso del Ordinario del lugar, rápidamente abrieron sus miras a lo universal y, por eso, pudo empezar a hablarse de universidades. Esto sucede de un modo natural por dos motivos. En primer lugar, es connatural al obispo unir la preocupación local con la visión universal; en segundo término, la teología era un factor uniformador y trascendente, y además el uso del latín como lengua vehicular común, especialmente en esta ciencia, favorecía el intercambio de personas e ideas.

En conclusión, las universidades nacían de la unión entre la formación religiosa y la profesional; se originan ya como cristianas y como seculares, como auspiciadas por la Iglesia y como abiertas al mundo. Desde esta perspectiva, ¿por qué, entonces, habría que reclamar hoy una reivindicación de la universidad católica, del espíritu cristiano de la universidad? Son varias las respuestas que suelen darse.

– Con frecuencia se dice que la universidad se ha secularizado. Pero, según muestra la historia, la universidad fue secular desde el principio. Es más, el término «secular» procede – como se sabe – del lenguaje eclesiástico para denotar las realidades del mundo ajenas a lo monacal, pero no a lo cristiano. No; el proceso que se suele denominar «secularización» (en el ámbito que nos ocupa, el universitario) no es un proceso de «mundani-

zación», ni de «profesionalización»: las universidades siempre estuvieron y siempre estarán volcadas al mundo y a las profesiones. Lo que sin duda se quiere dar a entender con esa expresión es que la universidad moderna prescindió de la teología, bien institucionalmente, bien intelectualmente (de diversos modos y en distintos momentos según países: en España se suprimen las facultades de teología en el ámbito estatal durante el reinado de Isabel II).<sup>3</sup> No nos detenemos más aquí en examinar la parte de responsabilidad que tuvo la teología misma en su periodo tardomedieval, ni tampoco la influencia de las circunstancias político-religiosas – a menudo desafortunadas y dramáticas – que fueron sucediéndose posteriormente.

– Hay también quien dice que el papel de la teología fue sustituido por la filosofía, y que esa sustitución es conforme a la modernidad y ha resultado beneficiosa. Pero, prescindiendo del frecuente prejuicio antiteológico de esa posición, tampoco esto es correcto al menos en dos puntos fundamentales. Primero, la filosofía no ha ocupado el puesto que tenía la teología, pues no conforma ni informa de hecho los diversos saberes, según puede observarse en los planes de estudio actuales. Y además, la filosofía desgajada de la teología no cumple la misma función que desempeñaba y se confiaba a la teología. Como señalaba Max Scheler: «De “libre sirviente” de la fe, la filosofía pasó a ser, a grandes pasos, usurpadora de la fe, pero al mismo tiempo *ancilla scientiarum*».<sup>4</sup> En efecto, hoy la filosofía ha tomado en muchos sitios el camino de la fundamentación y análisis de las ciencias naturales, históricas, lingüísticas, etc. Y las llamadas ciencias sociales (comunicación, pedagogía, psicología, sociología, antropología, economía...), trastocando el planteamiento tradicional de las humanidades, se consideran ya como alternativa a las genuinas humanidades.

– En efecto, sí parece innegable la conclusión de que la universidad ha ido perdiendo la unidad del saber que garantizaba de algún modo la

<sup>3</sup> Cf. L. RODRÍGUEZ DUPLÁ, *El lugar de la teología en la universidad*, en «Boletín del Departamento de Pastoral Universitaria y Pastoral de la Cultura. Conferencia Episcopal Española» 1 (2000) 13-21; y también: L. ROMERA, *La razón responsable y la universidad. El lugar de la teología*, en S. SÁNCHEZ-MIGALLÓN - J.M. GIMÉNEZ AMAYA (eds.), *La fe en la universidad*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 2013, 45-53; y, J.M. GIMÉNEZ AMAYA, *Diagnóstico de la universidad: un paradigma de la fragmentación (omni)presente. Apuntes para una reconstrucción*, en «Acta Philosophica» 22 (2013) 239-256.

<sup>4</sup> M. SCHELER, *La esencia de la filosofía y la condición moral del conocer filosófico (con otros escritos sobre el método fenomenológico)*, Ediciones Encuentro, Madrid 2011, 27.

teología, viniendo a imponerse inevitablemente el panorama de diversos saberes no integrados ni armonizados. Como se ha señalado con frecuencia recientemente,<sup>5</sup> tal desintegración y fragmentación es contraria a la idea misma de formación, y tiene necesariamente un efecto devastador en las personas que así se instruyen. Juan Pablo II también advertía de ese peligro, que no es sólo académico, sino vital y espiritual:

El aspecto sectorial del saber, en la medida en que comporta un acercamiento parcial a la verdad con la consiguiente fragmentación del sentido, impide la unidad interior del hombre contemporáneo. ¿Cómo podría no preocuparse la Iglesia?<sup>6</sup>

De esta suerte, las ciencias quedan mutiladas de origen y fin, de sentido y fundamento; al tiempo que se van incorporando a la universidad formaciones prácticas sin contenidos de saberes propiamente teóricos. Pero también la teología (y la filosofía) sufren al quedar aisladas: «La separación del espacio común del pensamiento, de la creación científica y artística, fue mortal para la teología».<sup>7</sup> Sin embargo, aunque se dé esa fragmentación, institucional y personal, académica y vital, la persona humana posee una tendencia a la unidad enormemente fuerte. El hombre no puede dejar de elegir o forjarse un fin más o menos último, un sentido de algún modo global (aunque a menudo busque uno que le permita adoptar camaleónicamente comportamientos cambiantes). En otras palabras, como dice Scheler, el hombre no puede dejar de estimar un valor absoluto y superior como cumbre de la jerarquía de valores que ama y a la que se adhiere, no puede dejar de creer en algo supremo: «Todo espíritu finito o bien cree en Dios o bien en un ídolo».<sup>8</sup> Y si por abandonar la supremacía de la teología se renuncia a Dios, ¿cuál será el nuevo «ídolo» de la universidad? Nos atrevemos a sostener que la modernidad ilustrada nos da la respuesta: el

<sup>5</sup> Cf. LL. CLAVELL, *Razón y fe en la universidad: ¿oposición o colaboración?*, en «Serie Sphaera del Instituto CEU de Humanidades Ángel Ayala» 17 (2010) 3-15; J.M. GIMÉNEZ AMAYA - S. SÁNCHEZ-MIGALLÓN, *Diagnóstico de la universidad en Alasdair MacIntyre*, EUNSA, Pamplona 2011, 323-342; J.M. GIMÉNEZ AMAYA, *La fragmentación y «compartimentalización» del saber según Alasdair MacIntyre*, en M. PÉREZ DE LABORDA (ed.), *Sapienza e libertà. Studi in onore del Prof. Lluís Clavell*, EDUSC, Roma 2012, 193-202.

<sup>6</sup> JUAN PABLO II, Carta encíclica *Fides et ratio* (14 de septiembre de 1998), n. 85.

<sup>7</sup> O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La teología en España (1959-2009)*, Ediciones Encuentro, Madrid 2010, 43.

<sup>8</sup> M. SCHELER, *De lo eterno en el hombre*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, 222.

poder.<sup>9</sup> El saber de la universidad aparece ciertamente fragmentado, sí; pero, al menos cuando así se acepta, pervive una unidad: no de saber, no de contenido, sino de aspiración, de voluntad. La universidad quiere hoy «saber para poder», conforme al ideal cientificista de la modernidad; un poder que la posmodernidad ha desenmascarado aún más en su raíz no ya racionalista sino esencialmente voluntarista.<sup>10</sup>

Como conclusión de estas respuestas, puede decirse que no es que la universidad se haya secularizado, ni que se haya desintegrado o desmembrado; más bien, la universidad ha mutado su fin, su ideal supremo y unificador: ha migrado de la verdad (que se eleva a la Verdad divina, al *Logos*) a la voluntad de poder, de dominio, de utilidad. Romano Guardini vio muy claramente esta transformación en la universidad, en la sociedad y, en definitiva, en el interior de cada persona:

Es una decisión esencial, continuamente exigida, la de si una época – no; un hombre, cada hombre – quiere el primado de la existencia, el sentido último de la existencia, como voluntad de poder o como voluntad de verdad.<sup>11</sup>

No se trata, por tanto, de algo meramente formal o procedimental, sino de una mutación esencial, radical. Es lo que Dietrich von Hildebrand denominaba «el destronamiento de la verdad»,<sup>12</sup> en favor de la entronización de la utilidad, del éxito, del poder.

## 2. Causas y efectos de la mutación de la universidad

Resulta poco menos que temerario identificar con precisión las causas de la mencionada transformación, pues una primera aproximación advierte ya factores de muy diversa índole (intelectual, religiosa, social, política, etc.) que incluso han operado ambigüamente de diferentes formas en distintas

<sup>9</sup> Puede ser enriquecedora la lectura del análisis que sobre el poder y el mal desarrolla von Balthasar en: H.U. VON BALTHASAR, *Teodramática*, vol. 4: *La acción*, Ediciones Encuentro, Madrid 1995, 137-184.

<sup>10</sup> Cf. L. RODRÍGUEZ DUPLÁ, *¿Qué rasgos definen la cultura emergente?*, en *Qué tipo de persona queremos educar para el nuevo milenio*, Bruño, Madrid 2000, 9-19.

<sup>11</sup> R. GUARDINI, *¿Voluntad de poder o voluntad de verdad? (La cuestión de la universidad)*, en ID., *Tres escritos sobre la universidad*, EUNSA, Pamplona 2012, 79.

<sup>12</sup> Cf. D. VON HILDEBRAND, *Die Entthronung der Wahrheit*, en ID., *Idolkult und Gotteskult, Gesammelte Werke VII*, J. Habel, Regensburg 1974, 309-339; y también, en el mismo volumen: *Die Idee der katholischen Universität*, 341-364.

épocas y aun en distintos lugares. Además, disponemos ya de extensos estudios al respecto.<sup>13</sup> Aquí tan sólo queremos señalar dos causas que afectan más al plano existencial que al intelectual o al cultural.

– La primera causa es la pérdida del sentido del misterio y de la trascendencia. El hombre moderno cree poder saberlo todo, y lo que le supera piensa que es cuestión de tiempo y de método el desentrañarlo. El hombre contemporáneo – que se da en llamar posmoderno – es más modesto (o desengañado): no piensa saberlo todo, y renuncia enseguida a intentarlo, pero cree que no necesita ese género de respuestas globales y trascendentes. Hoy la fuerte tendencia es a vivir en la superficialidad, en la mediocridad, en la masa anónima camuflada de falsa humildad. Como decía Max Weber, la ciencia ha «desencantado» el mundo,<sup>14</sup> lo ha rebajado, lo ha trivializado.

– La segunda causa que queremos mencionar es el espectáculo del mal moral, del mal causado por los hombres. Toda la historia está poblada de crímenes sin cuento, pero la magnitud y la atrocidad de lo ocurrido a manos de los hombres en el siglo XX supera toda medida conocida. Es ya de sobra conocido el argumento de que esas barbaridades se han cometido en nombre de doctrinas o ideales, y que por tanto lo que necesitamos ahora es precisamente un «pensamiento débil». Pero este argumento – que no es sino una aplicación de los postulados de Nietzsche – es tan débil, por arbitrario e inconsistente, como el pensamiento que propone. Más grave, y dolorosa, es la constatación de que la teología y la filosofía cristianas (o más bien la vida misma de los cristianos) no fueron, ni al parecer son, capaces de detener tantos y tan graves males. Si la religión no pudo servir para frenar la barbarie, no sirve realmente para nada.

– Hay además un factor que actúa como causa y efecto a la vez, porque se alimenta a sí mismo de un modo curioso. Se trata de la fascinación que ejercen los medios como tales, lo útil. La técnica pone en nuestras manos, de modo vertiginosamente creciente, posibilidades insospechadas hace tan sólo pocas décadas. Lo cual produce y alimenta una sensación de poder inédito, nuevo. Al mismo tiempo, como el saber renuncia a cuestiones últimas, se centra en la producción de lo útil. Y puesto que hay que olvidarse también de grandes verdades para vivir en paz, los esfuerzos se dirigen a

<sup>13</sup> Ver nota 5, entre otros trabajos.

<sup>14</sup> Cf. M. WEBER, *La ciencia como profesión*, Biblioteca Nueva, Madrid 2009, 51-108.

proveer a la sociedad de los medios necesarios para mantener un equilibrio de intereses y un nivel general de bienestar.

El efecto inmediato de tal conjunción de elementos es el rebajamiento de aspiraciones. Permítasenos una extensa cita de Scheler donde describe magistralmente este proceso:

¿Qué hacen los hombres a los que une en unidad vital un destino histórico común, un territorio, un origen u otra fuerza elemental, si ya no pueden unirse en lo supremo y último respecto a lo cual los hombres son capaces de unirse, a saber, en su fe, en su relación con *el fundamento y el sentido de este mundo*? Piensen ustedes, por ejemplo, en un matrimonio entre creyentes de diversa fe que contrajeron matrimonio por un profundo amor recíproco, y que tienen la sincera y buena voluntad de estar juntos, de permanecer juntos y de conllevar mutuamente la lucha de la vida. De pronto, se enfrentan violentamente; y ven con el alma dolorosamente consternada que una unión ahí es imposible. Y así una segunda, una tercera, una cuarta vez. Cada vez queda un *recuerdo* profundamente doloroso en ese dilema entre sus creencias y su voluntad de amarse. Cada vez crece más en ellos una fuerza que les empuja a no tocar ya más este punto máximamente vulnerable y delicado de su relación, a apartarlo de la vista, por así decir. ¿Cuál será la consecuencia? Respondo: La consecuencia será que estas personas, finalmente, llevarán a cabo el acto de *renuncia* fundamental – al principio doloroso, pero externamente pacificador – a la unión en lo que para ellos debe ser lo *supremo*. «Quieta non movere», dirán. [...] El *proceso* que ocasiona la renuncia a la unión en la toma de postura respecto al bien *supremo* no puede, por su naturaleza, detenerse. [...] ¿Cuál será la situación final de este proceso? Un organismo espiritual comunitario [...] de condición sumamente extraña: magníficamente organizado en todo lo técnico, extraordinariamente disciplinado en todas las cuestiones del «cómo hago algo cuando quiero hacer algo»; un organismo de fortísima cohesión en estas cosas. Pero las fuerzas *más centrales* del espíritu humano, las que marcan objetivos y normas, las configuradoras, las fuerzas que tienen que resolver las preguntas por el «qué» (*qué* debo hacer, *qué* es lo que constituye mi misión en el mundo); esas fuerzas – puesto que no se usan – retrocederán lentamente como todo órgano que no funciona, incluso caerán, al final, en un proceso de atrofia.<sup>15</sup>

Un reflejo de tal rebajamiento, que puede leerse tanto para la sociedad en general como para la universidad, es la atención muy predominante a la

<sup>15</sup> M. SCHELER, *La idea cristiana del amor y el mundo actual*, en ID., *Amor y conocimiento y otros escritos*, Ediciones Palabra, Madrid 2010, 173-174.

burocracia y a lo económico. Elementos imprescindibles – se dirá con razón –, y sólo medios sin convertirlos en fines – se añadirá –, pero a la hora de la verdad faltan fines auténticamente regidores de la actividad. La lógica economicista se impone, y constituye la principal preocupación de jóvenes y adultos. Así, el gobierno de las universidades imita cada vez más el mundo de las empresas. So capa de viabilidad, en muchas universidades impera la mentalidad de ganar alumnos, que se conciben como clientes a quienes hay que satisfacer con el producto que se ofrece; y los docentes son equiparados a meros profesionales (y no formadores de profesionales o maestros) que «trasladan» conocimientos.

Pero el peor efecto, desde un punto de vista existencial, no es éste, sino su nefasta consecuencia: el miedo. Muchos de quienes viven con mayor grado de reflexión comprenden y sienten que la humanidad va hoy a la deriva, a remolque de fuerzas impersonales e impredecibles que no controla. Se vive entre el miedo a que se repitan monstruosidades que ya han sido una realidad (porque lo peor de esos males es que nos ha hecho conscientes de la profundidad posible de la perversidad humana) y la ingenuidad de que los medios de que disponemos – más una buena voluntad fundada no se sabe dónde – detengan lo que supuestamente nadie desea; entre la seguridad de las experimentadas instituciones que han tratado de curar heridas y enmendar errores y la incertidumbre ante las nuevas generaciones que nada saben ni han aprendido del pasado; entre la ilusión por reconstruir un nuevo orden de cosas y la resignación a dejarse llevar por una inmensa maquinaria social que funciona inexorablemente. La seguridad se busca en la economía, en el bienestar material, pero aquí también cunde la sensación de que no cabe sino aplicar soluciones parciales provisionales, parches, renunciando a un utópico cambio de paradigma. Pero sobre todo, el miedo es peligroso, porque paraliza, impide confiar, creer; lleva a renunciar a la verdad y empuja a echarse en brazos del prestigio, de la imagen que otros tengan de uno; mueve, en definitiva, a obrar contra la propia conciencia.

Claro está que los menos reflexivos – acaso la mayoría – eluden ese miedo, ese equilibrio inestable y contradictorio, mediante la distracción, que la industria del ocio no cesa de facilitar y alimentar. Pero ya Platón nos enseñó que, a la larga, eso sólo significa aumentar la necesidad sin dar satisfacción alguna.

Y este diagnóstico – no se olvide – no es sólo de la sociedad. Es también de la universidad. La universidad forma a los miembros de la sociedad y a la vez se nutre de ellos; vive entre la ilusión de dirigir la sociedad y la servidumbre a ella debida.

### 3. La oportunidad y el desafío de la universidad (católica)

Si tal es el panorama, la tarea de la universidad que se denomina católica – aunque la tesis que sostenemos se refiere a toda genuina universidad – es inmensa, hercúlea, pero más oportuna y necesaria que nunca.

La universidad debe ofrecer sentido, verdad, frente al sinsentido de la situación, extremadamente paradójica, antes descrita; debe ofrecer sentido frente al mal, real o amenazante, que se sufre o que se teme. Hoy la filosofía y la teología han de ser ante todo una respuesta al mal.<sup>16</sup> Una respuesta que sea real; porque el peligro de hoy no es tanto el ateísmo clásico, sino pensar que la religión, la fe, es un mero consuelo sin pretensión de verdad (por eso no cabría en la universidad). Y una respuesta trascendente; porque la radicalidad del sinsentido y del mal (físico y sobre todo moral) de nuestro mundo exige ya una búsqueda más allá de éste. Por eso la tarea de la teología en la universidad no es racionalizar lo divino, sino profundizar en lo divino como verdad superior.<sup>17</sup>

Para eso la teología – y la filosofía con ella – ha de defender y explicar su presencia en la universidad, tiene que mostrarse capaz de suscitar y acoger las preguntas profundas que todos tienen, y debe esforzarse sinceramente por apuntar a una respuesta. Esa respuesta se acoge con fe porque supera las soluciones humanas, se abraza la esperanza de que esa respuesta la escuchemos y la dejemos operar, y en consecuencia se actúa caritativamente ya con la convicción de la existencia de tal horizonte de sentido.

<sup>16</sup> Cf. M. GARCÍA-BARÓ, *Amar la vida. Entrevista a Miguel García-Baró*, en «Open Insight» V, 7 (enero 2014) 343-373; ver también nota 9.

<sup>17</sup> Resultan iluminadoras las siguientes palabras de von Balthasar: «El hombre positivista-teo de hoy, cegado, no sólo para la teología, sino incluso para la filosofía, debía, situado ante el fenómeno de Cristo (el resplandor del Dios glorioso y sublime), aprender a “ver” de nuevo» (H.U. VON BALTHASAR, *Teológica. Verdad del mundo*, vol. 1, Ediciones Encuentro, Madrid 1997, 22). Cf. también H. DE LUBAC, *Diálogo sobre el Vaticano II. Recuerdos y reflexiones*, BAC, Madrid 1985, 78-79.

Pero, como enseguida se echa de ver, este ofrecer y hacer operativo un sentido no es cuantificable. Cuando la tendencia hoy en la universidad – por la analogía empresarial mencionada – trata de cuantificar todo (mediante créditos, programas y cronogramas, número de trabajos y publicaciones, etc.), corre el peligro de perder de vista lo esencial. Y lo esencial es que el descubrimiento de la verdad no se enseña propiamente, no es un simple conocimiento que sin más se transmite. Las verdades existenciales y últimas, a diferencia de los meros conocimientos técnicos, se acogen, se reciben; y por parte de los maestros, se iluminan, se señalan. Se trata de un contacto intelectual y vital personal, muy lejos de formalismos y reglas.

La universidad, pues, simplemente puede – y debe – crear las condiciones para que ese encuentro se produzca, favorecerlo, prepararlo. Cómo ese fruto tenga lugar, cómo se logre la fecundación sapiencial entre maestro y alumno, es algo imprevisible e improgramable. En cierto sentido es un don, una participación de lo divino. (Y la universidad debe ser consciente de que no todos los estudiantes lograrán ese enriquecimiento, que – como la semilla del sembrador de la parábola – mucha enseñanza quedará sin fructificar; ese éxito sólo parcial, lento e incluso minoritario ha de asumirse pese a que los economicistas lo consideren un fracaso).

Pues bien, lo más valioso que posee la universidad para posibilitar y catalizar ese encuentro con la verdad es precisamente lo que la define: el ser una comunidad.<sup>18</sup>

Por su vocación la *Universi magistrorum et scholarium* se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros, animados todos por el mismo amor del saber.<sup>19</sup>

Y es que si el sentido buscado ha de ser un sentido absoluto, si ha de colmar completamente el anhelo humano y dar respuesta a todas las complejidades, no puede depender sólo de uno, no puede verlo sólo uno. La búsqueda común, la cooperación, la pasión (el *eros*) intersubjetiva e interdisciplinar por la verdad son absolutamente necesarias. De lo contrario se acaban fabricando verdades e ídolos a medida de cada uno, parciales, que responden a unos problemas, pero no a todos los posibles ni a los más ra-

<sup>18</sup> Como es conocido, MacIntyre ha destacado agudamente este punto.

<sup>19</sup> ECE 1, que remite en la nota a la «carta del Papa Alejandro IV a la Universidad de París, 14.IV.1255, *Bullarium Diplomatum...*, t. III, Turín 1858, 602».

dicales. El creyente está en condiciones óptimas para advertir esto, porque la fe es siempre personal y comunitaria a la vez; y porque la fe es audaz – la *parresía* de la fe – al plantear con radicalidad los problemas, sin cerrar los ojos a lo negativo, y al buscar conjuntamente soluciones en diálogo franco con los otros.<sup>20</sup>

Por eso mismo, también una universidad denominada católica debe ofrecer de manera ejemplar un espacio de encuentro, de comunidad, de acogida, donde el amor a la verdad y a los demás produzca los frutos de sabiduría que, como el amor mismo, son siempre don. La verdad es algo ante lo que hemos de estar abiertos para dejarnos poseer por ella.<sup>21</sup> Y la verdad amada es el bien: la auténtica respuesta al mal no es simple sentido o verdad, es bien. El amor al bien abre el camino de y a la verdad; vence el miedo al sinsentido y a la incertidumbre; crea la comunidad más fuerte posible, que llena de sentido una vida, al poder amar y ser amado.

Pero todo esto requiere no una dedicación simplemente profesional o una mera afición de eruditos: exige una entrega total, una auténtica consagración.

Es un honor y una responsabilidad de la universidad católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad (ECE 4).

Así, la Iglesia, el cristiano en la universidad, no hace sino colaborar a que Dios Padre realice la petición de Jesús: «Conságralos en la verdad» (Jn 17,17).

<sup>20</sup> «La universidad [...] contribuye así, con su labor universal, a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a alejar el miedo ante un futuro incierto, a promover – con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad – la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones». J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *La universidad ante cualquier necesidad de los hombres* (7.X.72), en *Josemaría Escrivá de Balaguer y la universidad*, EUNSA, Pamplona 1993, 98.

<sup>21</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro con profesores universitarios jóvenes*, Basílica de San Lorenzo de El Escorial (Madrid), 19.VIII.2011.